



Carmen Calzada Borrallo, Mercedes Comellas y Fátima Rueda Giráldez (coords.) (2025): *Imaginario nacional y parnaso áureo en la prensa española del siglo XIX (1801-1868)*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert.

Gerardo Fernández San Emeterio

Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Educación-Centro de Formación del Profesorado  

<https://dx.doi.org/10.5209/dice.109678>

Este volumen forma parte de una serie de estudios sobre la identidad nacional española que el proyecto interuniversitario SILEM dirigido por Mercedes Comellas, viene llevando a cabo. En concreto, este recoge los resultados del proyecto del Plan Estatal de I+D+I *La institución del "Siglo de Oro". Procesos de construcción en la prensa periódica (1801-1868)*.

Hay que destacar en primer lugar la calidad de las contribuciones, en las que no se escatiman respaldo teórico ni contextual sobre el que situar el rastreo de noticias o referencias en textos periodísticos. Esta calidad empieza por la excelente organización del volumen, con una serie de fuentes comunes y de referencias cruzadas que contribuyen a su solidez. Todo esto importa porque, como destaca Ruiz Pérez al comienzo de su intervención, no "se trata de la acogida y tratamiento de un objeto con entidad ya establecida, sino justamente de su construcción misma" (p. 48). Es decir, no se trata del siglo de oro, sino, precisamente de cómo se construye ese imaginario, cómo se consolida y difunde y en qué contexto lo hace. Asistir a este proceso es uno de los principales atractivos del libro.

Para ello, el contenido se ha dividido en una introducción y cuatro partes que empiezan por los aspectos más teóricos y contextuales (la transformación del concepto de cultura -Von Tschilschke, la producción del propio concepto "siglo de oro" y del imaginario que le acompaña -Ruiz Pérez-, la evolución de las categorías poéticas y el imaginario cultural a comienzos del XIX -Rueda Giráldez- y la vinculación del "carácter nacional" español con un carácter literario que, también, se modificará a lo largo del siglo -Comellas-). Subrayar la solidez y la amenidad de estos cuatro textos no está de más, pero es preciso también insistir en la visión que presentan de las ideas literarias desde 1801 en las *Varietades* dirigidas por Quintana (Von Tschilschke) hasta la revisión del carácter nacional español y su aplicación a la literatura por parte del positivismo filológico en las últimas décadas del XIX (Comellas), pasando por la consolidación ideológica de un canon (Ruiz Pérez y Rueda Giráldez) que, tal y como advirtieron ya Núñez y Campos (2005), y Jover (2007), se mantiene en nuestras aulas ya casi como un hecho inmanente.

Las partes segunda y tercera presentan trabajos más concretos: sobre la idea de siglo de oro en la prensa tradicionalista (Caspistegui) en debate con la liberal durante el Sexenio (Calderón Argelich) y, sobre todo el concepto de "santo cultural" (Rina Simón), propuesto entre 2017 y 2019 por Dovič y Helgason para descubrir el proceso que lleva a determinadas figuras, escritores en el caso que nos ocupa, a convertirse en parte esencial del imaginario colectivo: sus nombres aparecen en calles, plazas, jardines, estatuas, bustos, placas conmemorativas y grabados que muestran de ellos una imagen fija, en tanto que su aparición en prensa lleva al público a interesarse por sus biografías y los hechos históricos en los que se vieron envueltos. Este concepto, de notable productividad, sobre todo desde que hemos asumido el término "canon" para explicar lo que permanece y obviar lo que se modifica en el campo de la recepción (sobre todo enseñanza) de la literatura, sirve de base a las dos últimas partes. Si César Rina utiliza como ejemplo de esta canonización las celebraciones de los centenarios de Calderón de la Barca y Luis de Camoens, en las dos últimas partes se ejemplifica con autores (Cervantes y Santa Teresa) y géneros (los dramáticos del XVII) tanto este aspecto canonizador como el resto de lo que se viene explicando desde un punto de vista teórico a partir de la introducción. Así, tanto los trabajos sobre las polémicas que la prensa acoge sobre ediciones y atribuciones cervantinas (Mylonás-Argelich, Román Gutiérrez) como el que se centra en la visión que de Santa Teresa dará Carolina Coronado (Burguera).

Otro aspecto que considero de suma importancia es la vinculación entre lo que literaria y políticamente sucede en España con lo que pasa allende los Pirineos y en Portugal, es decir: en el resto de Europa. Si Von Tschilschke encuentra en las *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes* la evolución del concepto de cultura desde el antiguo (equivalente a "educación") hacia el que ha llegado hasta nosotros, destaca que esto sucede en la línea de Masdeu o Herder. Rueda Giráldez, al examinar la contribución de la prensa en la redefinición

de las categorías críticas en las que se apoya la configuración del canon nacional, aborda cómo se sustituye la categoría de *imitación* por la de *estudio* desde su origen en Schlegel y sus contemporáneos. Lo mismo hará Mercedes Comellas al analizar el “carácter nacional”, también a partir de Herder y Schlegel. Todo ello sitúa el caso dentro de unos procesos que se dan de forma contemporánea en los distintos países de la Europa postnapoleónica, tanto si son de reciente creación, como Bélgica, si se reconfiguran tras cambios políticos de calado, como Grecia, Francia o España, o si están buscando la unificación y la identidad, como Italia o Alemania. Destaco esto porque la última parte del volumen se centra en el género literario que se considera entonces como la mejor muestra de la literatura nacional: el teatro del Siglo de Oro. La temprana polémica de Mora y Alcalá Galiano frente a Böhl de Faber marcó sin duda la noción de que era en el teatro donde se dirimía en carácter nacional español, bien que a partir de una lectura procedente de los ojos alemanes de los hermanos Schlegel. Hace ya tiempo que Ignacio Arellano nos advirtió de cómo esta lectura lastraba la recepción de las obras cómicas de Calderón de la Barca, dando lugar a conceptos vigentes todavía hoy como el de “honor calderoniano”. En este sentido, es conveniente seguir el propósito de Calzada Borrillo de revisar la perspectiva psicologista que propuso Herder para promover la nostalgia de un pasado que no parece haber sido lo que él pensaba.

Finalmente, si el prólogo concluye: “si el siglo XIX fue el gran mitólogo de la nación, la prensa fue su asistente imprescindible para asegurar el éxito y difusión de sus relatos” (p. 21) y que “sin duda, la esencialización y naturalización de la etiqueta conceptual ‘siglo de oro’ fue uno de sus logros de mayor calado y pervivencia” (p. 22), el postfacio añade que las condiciones en que se produjo esto “propiciaron el surgimiento de un nuevo espacio crítico-literario, caracterizado por el relativismo, el diálogo entre posturas, el comparatismo y una creciente conciencia nacional” (p. 388). Ambos asertos me sirven para destacar la importancia de este trabajo, porque su contenido afecta directamente a la raíz de cómo se enseña hoy la literatura española. Este repaso de prensa nos permite observar cómo determinados contenidos que hoy damos por sentados tuvieron su momento de creación y que esta obedeció no solo a criterios estéticos o estético-históricos, sino también a la voluntad política de crear un estado liberal ajeno tanto al absolutismo fernandino como al imperio colonial perdido. Si hoy, a doscientos años de ello, seguimos utilizando la misma periodización, la misma base teórica y buena parte de las mismas lecturas se debe tanto a la fortaleza de aquel esquema como a la incomprensible desconexión entre estudios filológicos y didácticos. En febrero de 2026, la profesora Comellas se lamentaba en una entrevista del *Diario de Sevilla* que la investigación “no salta el foso de la Universidad”, pero es necesario que esto suceda y no será posible si quienes nos dedicamos a la didáctica no tomamos nota de ello y empezamos a cuestionar la organización básica de libros de texto y manuales, así como los afanes por explicar ante todo las «características» de cada etapa o movimiento. Para esto son imprescindibles trabajos como los que integran este volumen. Aspectos como la transformación de conceptos como *cultura*, *clasicismo*, *imitación*, etc. durante estos años y en un medio tan democrático como la prensa muestran lo variable de los conceptos, la necesaria adecuación al entorno (es lo que se hizo entonces), la importancia de un acceso directo a los textos frente a una historia literaria en la que, como afirma Ruiz Pérez, “no era tan necesario leer como imaginar” (p. 55), pues lo importante no era (no es) el texto literario, que se limita a ejemplo de unas características a veces metidas con calzador en la inevitable unidad didáctica, cuanto el relato nacional en su aspecto literario.

Hoy parece que hemos dejado atrás el relato nacional en clase de literatura, pero apenas, en lo que al material didáctico se refiere, hemos salido de los recursos que la historiografía literaria del XIX nos ofrecía; cuestionar, como lo hace este volumen, los conceptos básicos de la historia de la literatura es un excelente principio. Aprovechémoslo.